UNA VIDA DE STEFAN ZWEIG

NOSTALGIAS EUROPEAS

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 2-3 22/09/09 14:34

UNA VIDA DE STEFAN ZWEIG

NOSTALGIAS EUROPEAS

JEAN-JACQUES LAFAYE

TRADUCCIÓN DE
HERMINIA DAUER

ALREVÉS
BARCELONA 2009

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 4-5 22/09/09 14:34

Título original: *L'avenir de la nostalgie. Une vie de Stefan Zweig*

Primera edición: octubre de 2009

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5ª
08034 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Jean-Jacques Lafaye, 1989
© Éditions le Félin, 1989
© de la traducción, Herminia Dauer, 1995
Traducción hecha a cargo de la Editorial Juventud, Barcelona.
© de la presente edición, 2009, Editorial Alrevés, S.L.

Printed in Spain
ISBN: 978-84-937435-2-9
Depósito legal: B.37.237 - 2009

Diseño de portada: IZQUI
Corrección de estilo de la traducción: Pilar Comín
Fotocomposición: Maria Permanyer

Impresión y encuadernación:
ROMANYÀ VALLS, S.A.
Sant Joan Baptista, 35
08789 La Torre de Claramunt (Barcelona)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro -comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático- y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A una princesa árabe,
si ella creyera en el poder de las palabras.

ÍNDICE

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS 11
RETRATO EN UN JARDÍN VIENÉS 13
ATAJOS 33
CUANDO LLEGA EL AMOR 49
TOQUE DE DERROTA 67
LA DANZA DE LAS PALABRAS 93
EL DEMONIO SE DIVIERTE... 121
EL DESGARRAMIENTO 147
LA IMPACIENCIA DEL CORAZÓN 175
EL PORVENIR DE LA NOSTALGIA 191

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 8-9 22/09/09 14:34

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

Escribir significa apelar al razonamiento. Cuando yo emprendí la redacción de este libro, Zweig volvía a ser popular en Francia y, desde entonces, no ha cesado de reconquistar al numeroso público que le había sido fiel entre las dos guerras mundiales. Mi ambición de entonces es la misma de hoy: trazar libremente, entre los hitos biográficos ya conocidos y las ideas personales, el retrato de una vida. No se trata exactamente de una biografía ni de una novela, sino que intento realizar un ensayo a la manera de Zweig, deslizándome en su polifacético personaje hasta la identificación.

Por eso el lector hallará aquí una obra calcada sobre los estados de ánimo. El recorrido fue una especie de iniciación que me enriqueció, y deseo que el público encuentre en él, a su vez, una materia de reflexión. En la hora de una nueva esperanza europea, incierta y decisiva al mismo tiempo, uno no puede contentarse con celebrar a los fundadores antepasados. Más bien es preciso perseguir sus debilidades, sacar partido de sus reveses, hurgar en sus utopías y no permitir que la muerte se haya llevado todos sus secretos. Metamorfosis de la desesperación, el porvenir de la nostalgia... El presente libro es una forma de homenaje.

Quedo profundamente agradecido a las personas cuyos trabajos, recuerdos personales y entusiasmo me permitieron llevar a cabo la empresa: Carl E. Schorske, autor de

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 10-11 22/09/09 14:34

Fin de siècle Vienna *y que leyó mi manuscrito durante una de mis estancias en los Estados Unidos; Donald A. Prater, cuya monumental biografía ha reanimado los estudios sobre Zweig y la constancia de cuya amistad deseo destacar; Robert Dumont, autor de* Zweig et la France*; Alberto Dines, que arroja nueva luz sobre los últimos meses de vida de Stefan Zweig en su obra* Morte no Paraiso*; Grégoire Dubreuil, que apoyó y permitió esta publicación; el llorado Walter Schick, que había conocido la vida familiar de Zweig en su juventud y cuya benévola contradicción fue muy provechosa para mi trabajo; Roger Gouze, testigo francés del Brasil de 1942, y Margarita Wallmann, escenógrafa de óperas, a la que Zweig admiraba tanto como yo, por haber confirmado lo esencial de mi propósito.*

París, enero de 1989

RETRATO EN UN JARDÍN VIENÉS

Cuando el niño nace, no tiene memoria. Para él, el futuro y el pasado son una misma cosa. Pero el mundo ya se mueve a su alrededor. Ha nacido Stefan Zweig. Aquel 28 de noviembre de 1881, la ciudad de Viena, capital del Imperio Austro-húngaro, cuenta con una nueva alma. El alma de un niño.

El pequeño Stefan pertenece a la gran burguesía judía de Viena. Su padre, Moritz Zweig, es uno de los más importantes industriales del Imperio. Lejos quedan los guetos de Moravia, de donde procedían sus antepasados, y a base de esfuerzos y de prudencia, puede asegurar el futuro de dos generaciones. Ida Zweig, cuyo apellido de soltera era Brettauer, desciende de una familia de banqueros internacionales. Educada en Italia, donde desde la infancia practicó varios idiomas. Forma parte de ese reducido número de judíos de «buena familia» que lograron borrar hasta el recuerdo de sus modestos orígenes y conquistar un destacado lugar en la sociedad. ¿Acaso su propio padre no era uno de los banqueros del Vaticano? Pero la fortuna significa trabajo, el éxito representa exigencia, y la ambición implica educación. Ése pudiera ser el lema de Ida y Moritz Zweig, inclinados los dos sobre la cuna de Stefan, su segundo hijo.

¡Viena, ciudad más que milenaria! En el cruce de todos los caminos, baluarte contra la barbarie, torre de marfil de

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 12-13 22/09/09 14:34

la alegría de vivir. Viena, la inmutable, a la sombra de su emperador eternamente joven: es el mundo de la tradición. Una ciudad de la que a veces hay que alejarse para no olvidar su encanto y la paz que respira, tan transparentes como el esplendor de la mañana. Aquí, más que en otras partes, los niños llevan sobre sus débiles espaldas un futuro alegre. Ellos son el mañana, el progreso de una humanidad segura de sí misma, de un porvenir luminoso que acoge toda novedad como un beneficio.

En esa época, la gente cree conocer el secreto de la armonía, el camino de la felicidad: la necesidad del estudio y del culto a los propios bienes. Los padres de Zweig encarnan esos valores, cada cual a su modo. Así como el padre, melómano cultivado, dirige sus negocios con prudencia y modestia, la madre, que también practica la música, parece ocuparse más de la vida social y del estatus que en todo momento hay que mostrar. Ida Zweig es una mujer coqueta, amante del lujo en el vestir y de las diversiones mundanas. Hace gala de un carácter apasionado y seductor, y con gusto deja que sus hijos crezcan bajo la férula de una institutriz, aunque interviene cuando considera preciso acallar la rebeldía propia de la edad, dispuesta siempre para cualquier travesura, porque hay que llevar a los pequeños por el recto sendero de la única educación concebible. Al mismo tiempo, Ida imparte consejos maternales y afectuosas amonestaciones: el mundo de los adultos no está dispuesto a dejarse invadir por el de los pequeños; como los niños se empeñan en considerar inviolable su propio mundo, aquellas reglas que no admiten excepciones pronto los decepcionan. Tienen que esperar todavía y aprender lo que es la paciencia, virtud cardinal de una educación burguesa.

Moritz Zweig, por su parte, se muestra más indeterminado, menos bullicioso que su bien amada esposa, sin interés por los honores o la notoriedad que sus méritos pudiesen proporcionarle. Su fortuna, si bien más reciente que la de los Brettauer, no es menos deslumbrante. En dos decenios, y gracias también a la mecanización, se ha convertido en un hombre muy respetado, en uno de los principales industriales del ramo textil, cuyos productos se venden ya más

allá de las fronteras del Imperio. Sin embargo, el éxito no se le ha subido a la cabeza. La vanidad no es precisamente su punto flaco, ni tiene la mentalidad de un advenedizo. Lo que más le gusta es la vida en familia y sentarse al piano si Ida consiente en cantar. Le enorgullecen las primeras libretas de calificaciones escolares de sus retoños, y disfruta recibiendo en su casa a algunos buenos amigos para celebrar una época tan placentera y que, de manera inexorable, ha de conducir al bienestar general. Asimismo es feliz respirando el aire de las montañas, aunque nunca muy lejos de Viena. Hombre perfectamente moderado, señor de su propia vida, Moritz Zweig aprecia el silencio. Como judío, aunque no practicante, tiende a no abusar de las ventajas de la fortuna, hace vivir a su familia con una holgura discreta e inscribe a sus hijos en un instituto público, porque confía en la educación que se imparte en su país. Súbditos ejemplares del anciano emperador, los Zweig se hallan totalmente integrados en aquella sociedad en concordia.

Desde su primera infancia, el pequeño Stefan se acostumbra a expresarse en inglés, francés, italiano y alemán: es el príncipe anónimo de una familia europea. Tiene que aprender bien pronto a traducir del griego y del latín en la escuela y recibe una educación clásica. Las institutrices extranjeras se suceden para ofrecerle la merienda con una sonrisa venida de lejos, y los profesores se esfuerzan en proporcionarle los conocimientos indispensables. Hasta la edad de doce años, acepta con amable sumisión la seriedad de papá y la elegancia de mamá. Los estudios no despiertan en él una curiosidad excesiva. La de Zweig es una infancia que discurre bajo el doble signo de la facilidad y de la exigencia. Al término de la jornada, anochecido ya, papá toca el piano y mamá canta una melodía. Es el calor del retorno; el mundo está en orden. Todas las veladas, las semanas y los meses se parecen; la vida transcurre bajo un techo seguro y siempre idéntico, en la misma habitación, con los mismos compañeros de juego y las mismas pequeñas primas de Italia o de Inglaterra. Las mismas vacaciones en la montaña, con los mismos valles y los mismos lagos. Cada verano se parece al anterior, mientras el mundo pierde poco a poco su

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 14-15 22/09/09 14:34

enormidad. Quizá siga una institutriz a otra y un criado se vaya, un tío abuelo desaparezca o una nueva música suene en el salón; pero si mucho es lo que recibe Stefan, también se le exige mucho: debe saber saludar, dar las gracias, retirarse a hacer los deberes, decir de memoria las lecciones y acudir cuando se le llama. Sin embargo, él solo aprende a no llorar cuando sus padres lo dejan con otros niños en un coquetón alojamiento de la estación termal para irse a almorzar a un restaurante de postín. Así, antes incluso de recibir de su padre la autorización para hablar en la mesa, aprende las lenguas de la Europa de las institutrices. Una impaciencia propia de su edad se apodera pronto de él: ¡ansía expresarse!

El muchacho desarrolla pronto un temperamento irascible: una impetuosidad semejante a la de su madre, exigencias o negativas firmes, que el padre, árbitro indiscutible, sabe apaciguar. Nada hay que irrite más a un niño que los límites impuestos. Con frecuencia quisiera elegir su propio camino y hacer de las suyas, pero nadie juega con la autoridad, del mismo modo que hay que prestar atención a la vestimenta y a cuidar de la salud. Educado en un clima de dulzura y rigor, el niño tiene pocos motivos de queja. Si no puede expresar lo que de veras siente ni posee el vocabulario de sus emociones y la gramática de sus deseos, lo que hace que se vea condenado a la exclamación seca o a las lágrimas resultantes de la disciplina, algo en él se desgarra en silencio. No obstante, nada hay que no sea corriente en la infancia de Stefan Zweig.

Nada, tampoco, lo distingue prematuramente del resto de los niños de la burguesía vienesa, salvo, quizá, una emotividad ligeramente superior que lo hace temer las actitudes autoritarias, sufrir con el ficticio enternecimiento que con frecuencia se abate sobre su cabeza infantil y reaccionar de modo desagradable ante las demostraciones demasiado superficiales de la etiqueta social, así como detestar las actividades deportivas y brutales. Más que nada, reacciona ante el mundo, pero si la indiferencia no es lo suyo, también hay que decir que el infortunio todavía no ha llamado a su puerta de muchachito pequeño. La música de salón

lo hace vibrar de gozo, mientras que las serias discusiones del despacho —en el que Stefan no entra casi nunca— lo ponen de mal humor.

En suma, el niño manifiesta una gran docilidad y, asimismo, una gran independencia. Le agrada tanto escapar como regresar a casa. Multiplica las fantasías prohibidas de la infancia y se gana nuevas reprimendas. Impaciente por naturaleza y sumiso en exceso, pasa de un estado al otro forjando así su carácter. Ida Zweig, la madre, se ve atacada de una sordera precoz que se agravará a lo largo de su vida. A los diez años, Stefan ya tiene que hablar un poco más alto para que ella lo entienda. Tal vez guardé algún secreto que le es imposible confiar, o tiernos ruegos que no tiene manera de murmurar, o deba tragarse algún enojo por no encontrar el tono justo para expresarlo.

Hay quien dice que es un niño reservado, pero las apariencias engañan. El joven Zweig se prepara para su destino, lo que nadie podría imaginar. Para ello es preciso levantar, una a una, las oscuras capas del alma y sufrir un cierto retraso, algo que todo hombre honesto de la época hubiese rehusado hacer. En nombre de una libertad totalmente respetable: sin dejar que sus demonios jugasen a la ruleta de la vida. Pero si queremos escudriñar los signos que permitirían predecir el destino de Stefan, es preciso sumergirnos en las docenas de pequeños libros de cuentos amontonados en su habitación y verlo leer y releer cada uno de ellos, hojearlos y apilar de nuevo los volúmenes. La primera señal se escabulle entre las páginas de un libro. Devorando los textos infantiles, Stefan Zweig descubre su capacidad para jugar con la imaginación y penetrar en los misterios de la vida. Conquista así, para siempre, una existencia propia, un destino que no se parecerá a ningún otro, sea modesto o grandioso. El libro es testimonio; constituye el recuerdo de otros tiempos y lugares, y trasciende a través de las palabras y el espacio y los años. La primera lección de lectura consiste en que todo comienza y acaba en los libros, y que nuestra propia vida es también un libro a descifrar. En esa aptitud que Stefan revela para perderse en los bonitos cuentos, existe ya la negativa a llevar una existencia prosaica, así

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 16-17 22/09/09 14:34

como el sentido y el gusto de otra dimensión, la llamada del destino. Entonces, sin haber contado previamente con ello, Stefan empieza a poseer cada vez más libros, prueba de que los grandes narradores de historias existen de verdad.

Pronto comienza a coleccionar manuscritos breves, autógrafos y reliquias de los grandes maestros de la literatura, pero también de otros menos importantes. Por todos los medios, Stefan quiere inocularse los poderes mágicos del creador. Moritz Zweig, entusiasmado de ver cómo su hijo se encaminaba con tanta decisión hacia los más elevados valores de la humanidad, alienta esa pasión incipiente y aún desordenada. Desde el siglo XIX la burguesía de origen judío había sucedido en la protección de las artes a una aristocracia decadente. Entre los judíos, a la adquisición de una seguridad material sigue, de manera espontánea, el deseo de dedicarse a las cosas del espíritu y los misterios del arte, con objeto de recoger sus frutos eternos. Así fue como, poco a poco, se reunieron a su alrededor las tendencias más diversas del arte europeo: la novedad, frecuentemente desaprobada por la crítica «oficial», hallaba sus mecenas en el seno de aquella burguesía cultivada, a la que el anhelo por escapar de manera definitiva de un pasado demasiado doloroso impulsaba a acoger, como la mejor, toda realidad nueva. Luego, los protectores produjeron creadores. Al cambiar el siglo, los judíos de Viena constituían la flor y la nata del estímulo innovador, y a su alrededor proliferaron los pintores vanguardistas, los mejores escritores o poetas, el primer psicoanalista, los más renombrados directores de orquesta, los compositores del futuro, los escenógrafos de gran estilo y los arquitectos revolucionarios.

El arte y la realidad son como Viena y los campos y bosques que la rodean: sin una línea de demarcación precisa y fija, armoniosamente unida una cosa a otra. Sin embargo, tan estrecha unión no se encierra en sí misma. Los invitados y sus equipajes son siempre bien recibidos. Viena es el punto de encuentro elegido por Oriente y Occidente, donde coinciden el orden y la diversión, la exigencia y la libertad, todas las escuelas del pensamiento y todas las capillas artísticas. Allí se prohiben los ángulos demasiado rectos,

y las contradicciones se resuelven en la comunidad de las formas: ¡hay que casar lo que convenga! La sutilidad y la dulzura sabias evocan precisamente la ilusión vienesa. Uno aprecia la dominación sin brutalidad de lo imaginario, de lo imaginario que no se opone en absoluto a la vida real. Stefan Zweig se cría y crece en una exultante atmósfera de tolerancia y buen gusto y, pronto, también de emulación creadora.

Cuando entra en la adolescencia con el inicio de su vida de alumno de instituto, su impaciencia se hace más manifiesta, si bien su reservada conducta se acentúa todavía más. El carácter de Stefan presenta contrastes. Joven extremamente vivaz y curioso, sujeto a accesos de una melancolía silenciosa y enigmática, a bruscos arrebatos de cólera, es sin embargo capaz de la más enternecedora amabilidad y, pese a lo sociable que suele mostrarse, no siempre es capaz de disimular lo que siente. En el fondo, es un gran tímido. Su íntima contradicción se desarrolla al mismo tiempo que termina su infancia. El muchacho guarda celosamente numerosos secretos en su corazón, pero apenas llama la atención. Sin duda alguna, la imaginación de un niño no necesita ser revelada a los adultos, libre como está su candor de fingimientos. ¿Quién conoce el contenido de un alma infantil? ¿No sueña con la niñez quien la recuerda?

Stefan no es un chico como los demás. ¿Acaso participó alguna vez en una carrera de bicicletas o subió corriendo una escalera? Sin ambages muestra desdén por su cuerpo, al que solo concede algunas horas de sueño —¡qué tiempo perdido!—, porque sus ansias de adquirir conocimientos lo mantienen despierto. La pasión por alcanzar todo aquello que es inédito, nuevo, incomprendido o rechazado por los adultos se apodera del poco atlético muchacho. «Con tantas riquezas espirituales como se me ofrecen, ¿tengo que nadar, correr por el bosque, comer para reponer fuerzas, dormir nueve horas cada día y volver al infinito hasta confundirme con la materia más elemental?», se pregunta. El mundo del espíritu es apasionante y está lleno de colorido. Para Stefan, conquistado ya por la idealidad de todas las cosas, la belleza natural carece de grandiosidad. Si abriera los ojos a ella,

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 18-19 22/09/09 14:34

quizá se le escaparían las peores tragedias. Al cabo de los meses no queda ya ni una obra de Ibsen que él no haya leído, escondida bajo su cuaderno de geometría, ni un discreto sollozo que no haya retenido después de una interminable tirada, recitándosela a sí mismo... Todo su ser tiende hacia la forma, la puesta en forma y en orden de los sentimientos humanos. Allí donde está el teatro se halla la vida. Para él, las luces del escenario valen por todos los soles. Las palabras son colores. La música es el aire que Stefan respira. Todas las emociones que él experimenta guardan relación con la estilización, con la parábola, con la puesta en escena, una vez abiertas las puertas de los teatros a su asombro, ya se trate de una obra en verso o musical. No es que busque consuelo en el tormento, no. Es, sencillamente, el elemento natural que le hace vivir, un instinto que no puede reprimir, que lo empuja y lo retiene.

El descubrimiento de un escritor todavía desconocido para sus amigos, el autógrafo arrancado a Gustav Mahler a la vuelta de una esquina, la confidencia del peluquero de Josef Kainz (el actor más célebre del Imperio) o la visita a un museo: he aquí lo que rige sus días y les da ritmo. En el estudio de los grandes maestros de la literatura y en sus primeras tentativas en el terreno de la poesía, Zweig descubre otra vida. Su gusto por los razonamientos se hace más profundo; el joven se deja dominar por el misterio de las palabras mágicas y dedica su primer amor a la tinta de imprenta, cuyo perfume le parece más embriagador que todos los aromas de la naturaleza. Su sensualidad se desarrolla ante el espectáculo de las artes. Ese distanciamiento, este divorcio interior parecen definitivos, y él no sufre en absoluto. La realidad de su vida de adolescente vienés es perfectamente armoniosa.

La sociedad que lo rodea presenta una fachada aparentemente sólida, el culto al arte está en su cenit, la belleza es el pan de cada día..., y esa necesidad de diálogo permanente con lo eterno de la creación nunca se ve reprimida, sino, por el contrario, loada y estimulada. El arte contribuye al pleno disfrute de la existencia, porque no tiene su origen en el aborrecimiento de lo real, sino en una sed de enriquecimiento

íntimo, con lo que alimenta un gusto ávido por la vida. Nada hay de artificial en ello: los problemas que agitan al joven vienés se resuelven con una consonancia poética emotiva. El amor, la muerte, el destino, la decadencia, hasta el sufrimiento, toman un giro que ni el más severo imperativo estético podría condenar. Confundido por la visión grandiosa y sobrecogedora de un cielo estrellado en pleno verano, el joven Zweig encuentra en el fondo de su lecho, a la luz de una vela, en una de sus colecciones favoritas, la celestial melodía que le permitirá descubrir, una de las próximas noches, los misterios del jardín de las estrellas. El egoísmo se halla en el origen de toda vocación: ¿Qué expresa la pasión de la poesía, en aquella noche de leyenda, sino la satisfacción personal de sentir que la luz brilla solo para él, que la música suena únicamente para el oído elegido?

Procedentes del arte, sus vivas experiencias vuelven cuando Stefan garabatea sus primeros borradores de poeta. Algunos días de vacaciones reavivan en él el recuerdo de todas las naturalezas cantadas por los poetas, pero el joven sigue prefiriendo el calor del teatro o de la ópera a los aires puros, el rítmico monólogo de un actor a las cóleras maternales, los grabados del Goethe botánico a los campos llenos de pájaros. Para conseguir ese ideal puro solo le falta, en su opinión, la libertad de que dispondrá cuando haya terminado los estudios. Vislumbra ese momento como una independencia absoluta, como el paso de una sujeción impuesta a otras más esenciales, las que uno escoge. Ahí apunta uno de los rasgos fundamentales del carácter de Zweig: la pasión por la independencia en una persona sometida por completo a su afán de conocimiento.

El joven tiene la obligación de presentar sus deberes escolares cuando siente que sus tentativas poéticas son su verdadera y única tarea. Se cansa de engullir la historia de la literatura germánica desde sus orígenes y, en cambio, se debilita la vista descifrando en su lengua original las obras de Keats o de Rimbaud, que le apasionan. Mantiene interminables discusiones con sus amigos en algunos cafés de Viena donde, a pesar de su juventud, han acabado por admitirlos. Esos debates refuerzan en Stefan la perspicacia

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 20-21 22/09/09 14:34

del analista y la percepción del psicólogo; tal es su deseo de alcanzar la maestría dominio. A fuerza de avanzar, sin duda logrará su propósito.

En el instituto, sus compañeros mayores pasan todas las veladas en la sala de actos con un libro entre las manos, como otros llevan un anillo en el dedo. Todos se jactan de algo: uno, de conocer personalmente a un gran músico; otro, de haber mandado flores a una admirada bailarina. Un aire de precoz dignidad caricaturiza sus rostros de adolescentes. Pero esa observación resulta aún prematura para el joven Stefan, que los envidia. Él, nacido para la libertad, aprovecha las contrariedades más mínimas para manifestar su horror a los obstáculos. ¡A mí, que me den todos los libros, el esplendor de las galas del Burgtheater, el eterno enigma de la belleza! ¡Que los demás jueguen a ser niños, si quieren! ¡Que otros se dejen seducir por los paseos bucólicos, que otros pierdan el tiempo esperando el paso de una joven acompañada de su institutriz por una de las avenidas del Prater, ese aburrido parque lleno de frivolidad terrenal!

Con el paso de las temporadas, los telones se levantan sucesivamente y alientan la capacidad de admiración de Stefan. Así es como muy pronto se manifiesta su afición, no por lo que constituye la trama de la vida real, sino por aquello que el genio de los artistas ha hecho de ella, en un espacio de tiempo inmóvil que abarca todos los recuerdos. Demasiado joven aún, Zweig se entrega a la exaltada exégesis de la última obra de Strindberg presentada en Viena y menosprecia las pasiones comunes. Vive el milagro diariamente nuevo de las palabras impresas, declamadas, cantadas y disfrazadas, que se apartan de la existencia vivida. Es la embriaguez de las sonoridades musicales y el horror a las discusiones domésticas. ¡Ah, sí! Escapar de los ruidos que se producen en una casa, de la naturaleza anárquica, y ganar la esfera superior de la belleza, inventada por unos hombres de excepción para consolarse y elevarnos. Cuando ya está en ese camino, ¿qué mejor estímulo que el freno paterno —«Un tiempo para cada cosa, hijo mío»— o el de la madre —«Ve a jugar, querido, tanto leer te dañará la vista»—, que la competición que pronto se desencadena

entre sus compañeros por la supremacía en la conquista del espíritu y el conocimiento del arte?

A los quince años, Stefan Zweig sabe tanto como sus maestros acerca de los clásicos griegos y latinos, sus escuelas y audacias intelectuales y estilísticas; y los autores modernos tampoco encierran ya ningún secreto para él. Antes de que la crítica se haya ocupado de *Les fleurs du mal*, él ya conoce la obra a fondo. Las revistas de París corren siempre por algún café de Viena gracias a la curiosidad de un estudiante vienés.

Las literaturas del pasado y del futuro, de Francia y de Italia, de Inglaterra y de Rusia, de aquí y de allá..., nada de todo ello consigue satisfacer la bulimia espiritual de esos jóvenes que tan pronto deshojan la obra de un Goethe como el traje de una gloria de la ópera después de abandonar el palco. En aquellos tiempos, los periódicos prefieren publicar las diferencias entre un director de orquesta y un célebre tenor que la ruptura de las relaciones diplomáticas entre dos Estados. Viena acoge a la vez el arte y la vida; lo cotidiano se desarrolla en el plano supraterrenal de la creación. Por ejemplo, Zweig y sus compañeros del instituto atiborran de bombones al hijo del director de la Ópera, para que éste les permita colarse entre bastidores y presenciar una vez más, aunque de lejos, el ensayo...

Esta pasión capta el orgulloso entusiasmo del joven Stefan y de sus compañeros. A sus dieciséis años, la mayor parte de los muchachos ya ha puesto punto final a un drama fruto de la inexperiencia o ha concebido un poema «a la manera de». El deseo de apropiarse de las técnicas literarias de los grandes en su gran diversidad da a esos estudiantes, sedientos de perfección, una agilidad mental, un rigor impresionante en el análisis y también en el plagio. ¿Qué le quedará a Stefan de esas adhesiones espectaculares —y sin fundamento interior— al genio de un poeta, de un autor dramático y de otro y otro más? ¿Del hecho de haber compuesto una oda schilleriana, un poema parnasiano o un drama naturalista? Nada, pero precisamente esa capacidad de adhesión tan necesaria para el crítico, con el tiempo, ha de recompensarle, ya que le proporcionará el añadido don de

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 22-23 22/09/09 14:34

la intuición. Nada le resulta extraño. Zweig se ha acercado a todos mediante la imitación o la presencia —el propio Johannes Brahms apoyó una vez la mano en su hombro— o, simplemente, a través del recuerdo: con motivo de su decimoquinto aniversario, el padre le regala un breve manuscrito de Mozart. Y si Stefan aún no ha recorrido Europa, todos los talentos creadores de esa parte del mundo componen, juntos, el paisaje de su juventud arrodillada ante el genio. El teatro es el mundo; la poesía, la soledad,... y para él la música que en todo ello suena representa el canto del futuro.

Pero su ambición permanece en secreto. La sociedad prohibe que la juventud logre la estima del mundo. Era indiscutible que debían transcurrir unos cuantos años antes de que el mundo tomara en serio los trabajos de quien fuera. El nombramiento de Gustav Mahler —previa conversión forzada al catolicismo— para el cargo de director de la Ópera de Viena a la edad de treinta y ocho años, había provocado indignadas protestas: para las mentes convencionales, Mahler era demasiado joven. En consecuencia, se trataba tan solo de un debut. Los alumnos de instituto, por su parte, no tardan en ver salir de entre sus filas —ellos, que se sienten excluidos por mucho tiempo todavía, por un tiempo indefinido, de la maestría y del reconocimiento público— un genial poeta de dieciséis años, que consigue el respeto de la prensa y la admiración general antes de renunciar a los pantalones cortos, que alcanza la perfección artística antes de su mayoría de edad... para no volver a encontrarla después. Se trata de Hugo von Hofmannsthal. Esta revelación, todo un acontecimiento, resuena profundamente en Zweig. Así pues, no es preciso aguardar, sino que cabe la posibilidad de abandonar la oscuridad desde ese mismo momento. Hofmannsthal es uno de ellos, ha recibido la misma educación, los padres se conocen... Si el genio ha surgido allí, tan cerca, ¿por qué no puede repetirse? No es más una insistente llamada a la creación que la identificación, aunque sea exterior, con un gran artista. Por consiguiente, Stefan Zweig decide convertirse en poeta y músico de la lengua.

Todos los poemas que escribe entonces son un reflejo de

sus múltiples lecturas y revelan aquel sentido vienés de ritmo encantador, de acariciante sonoridad. Brillantes imitaciones y paráfrasis del modo musical de sus maestros y de su coetáneo ya célebre, rápidamente aceptadas por las revistas y los diarios —pese a tener Stefan solo dieciocho años—, sus escritos muestran más un arte de vivir que un temperamento particular. ¿Cómo podía suceder de otra forma? Zweig es todavía un niño de imaginación estancada y, si bien posee ya una firme técnica poética, su aliento resulta corto y le falta aún un pulso vital. Todo el amor que pone en lo que va a escribir no basta para disimular esa carencia de una base profunda. No obstante, se gana el afecto de sus mayores; ¿no es eso lo más importante? Si puede existir por sus propias obras y existir a los ojos del mundo, ¿por qué limitarse a unos cuantos directores de gacetas? ¿Cómo revelar su verdadera personalidad si no es distinguiéndose de los demás, sobre todo en un terreno tan sagrado en Viena, mítico universo de las letras? Por personalidad hay que entender lo que Stefan Zweig experimenta al ver publicado su primer poema: la sensación de convertirse en otro, de iniciar un fascinante desdoblamiento. ¿Puede haber una ilusión más intensa que la de las palabras encadenadas sobre el papel, de los sonidos que se elevan por un simple automatismo de la mano, de los mundos que uno es capaz de formar y destruir con solo dejar correr su memoria de lector? Aquello que Stefan ha leído y releído, oído y escuchado, repetido y escondido, puede ser escrito sin más constreñimientos que los expresos: todas las vías imaginarias o reales que el saber ha introducido en su espíritu desprenden fácilmente una melodía comprensible para todos aquellos que compartan el recuerdo. El joven Zweig está convencido de su *savoir-faire* e, incluso, de ser lo que se llama un talento.

No obstante, de momento la vida de estudiante sigue acaparando su tiempo y su atención, y Stefan se exaspera. «¡A ver si termina de una vez ese dichoso martirio de la obligación! ¡Que por fin venga a mi encuentro la libertad que aprendí a amar como el más bello fruto de los conocimientos!». Sus profesores ya no tienen nada que enseñarle, pero al mismo tiempo que publica sus poemas bajo seudónimo,

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 24-25 22/09/09 14:34

tiene que someterse a exámenes y bajar los ojos ante aquellos que de maestros solo tienen el título. Sanciones absurdas, creciente impersonalidad de los informes: he aquí el fermento propicio para el nacimiento de una libertad testaruda y para el sueño de una expansión personal, el pretexto para imponerse el cumplimiento de su propia obligación. La educación de la libertad sin la prueba de la sujeción suele ser inaccesible para las personas en general. Stefan lo ha comprendido. En la Viena anterior a 1900, los elegidos de la poesía y del embeleso artístico son numerosos, pero cada uno de ellos vive en la absoluta convicción de llevar en su corazón una verdad única. Si él admite tales descubrimientos, es por generosidad. Pero que nadie se imagine a un Stefan Zweig afectado y entregado a la causa de un vano sentido de la estética. Él posee de sobras el don inapreciable de saber leer, amar y entender lo que tiene entre manos, así como de apropiárselo. Es uno de los espíritus más cultivados de su generación. Sin embargo, extrae su máxima ufanía de sus obras juveniles, como un gran intérprete que solo se enorgulleciera de las pequeñas composiciones que improvisa al piano; Zweig quiere conseguir el dominio de su propia inspiración y olvidar a sus maestros; llegar a ser él mismo. Concentra toda su atención en unos poemas mediocres, los suyos. Pero nada es capaz de desanimar esa ambición precoz, y el joven Stefan no recibe más que felicitaciones, invitaciones, aliento. A los críticos vieneses los complace encontrar en los versos del muchacho la melodía que la edad ha apagado dulcemente en sus corazones.

Ha llegado el momento de presentar un retrato de Zweig a los diecinueve años, cuando los tormentos escolares van a tener fin. Es de estatura mediana y corpulencia discreta. Si bien un elevado concepto de sí mismo le impide caminar encorvado, la fatiga acumulada durante las horas de trabajo nocturno ha grabado ya una leve arruga en su frente (a Stefan le gusta comprobar cómo se acentúa esa arruga en las horas de oscuridad, como si pudiera revelarle algún secreto venerable), lo que imprime a todo su rostro una sorprendente seriedad. Todavía viste como un adolescente, pero eso le preocupa poco; intenta situar su elegancia en sus tareas de autor.

Para todo lo exterior, manifiesta un dolorido conformismo. Opina que la sobriedad de los modos y la discreción del comportamiento son cualidades espontáneas. Los colores y los contrastes son del dominio de las imágenes poéticas. Los libros se amontonan desordenadamente en su cuarto, que además es su estudio. En cambio, El orden permanece íntegro debajo de la página de créditos, y la pasión por un estilo justo se esconde aún detrás de los despeinados cabellos de la mañana. El joven Zweig declara, a voz en grito, su desprecio hacia el deporte: ¡antes escribir diez veces el mismo verso que aceptar el desafío de una carrera!

La reciente adquisición de unas gafas acentúa esa impresión de seriedad y torpeza física. Si uno olvida la pequeña arruga de la frente, nada hay que, exteriormente, revele la extraordinaria energía de Zweig: su cuerpo parece invadido por el espíritu. No tiene la boca abierta a la sensualidad —sus labios no han besado más que el pergamino—, pero tampoco indica ninguna dureza. Simplemente, la mantiene siempre inmóvil, aunque con un rictus permanente. ¿No hay nada distintivo en ese rostro relativamente vulgar? Sí; los ojos, que son inmensos e iluminan toda la cara sin por eso anular su expresión. No son los ojos ni la mirada de un poseso, porque en ellos no se lee cólera ni tampoco una febril exaltación. Al contrario, hay en Stefan una profunda dulzura que envuelve los destellos de su ardor, de la curiosidad y de la risa. Zweig es feliz y brillante. Para él, el futuro se confunde siempre con el recuerdo... Son tantos los amores, los dolores y los interrogantes vividos por él a través de la literatura, que la vida que se abre ante él no parece poder ser más que un terreno de venturosa experimentación, algo que le permitirá verificar con tranquilidad las hipótesis inventadas, según las lecturas y los sueños. ¿Puede existir en el mundo una aspiración más noble que el dominio formal de la belleza? ¿Hay, acaso, otra vida aparte de la del espíritu creador, presa del vértigo del infinito?

Para Stefan, los tormentos del amor adquieren siempre el aspecto de rítmica audacia de poema, de una inquietud de autor novel, y su más voluptuosa sensación se confunde con la metamorfosis de una página manuscrita en otra impresa.

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 26-27 22/09/09 14:34

Muy pronto rechaza la caprichosa ternura de su madre, como el resto de una infancia de la que está convencido haber perdido por los caminos de la razón. Por muy elegante que sea, Ida Zweig le parece demasiado ruidosa, agitada, superfluamente dedicada a sus *toilettes* y preocupada en exceso por la «buena educación». ¡Qué lejos se halla de la imagen de la mujer silenciosa y de rostro inclinado con gesto melancólico, ideal en su amabilidad, pero que no se encuentra en ninguna parte! La trivialidad de ciertos compañeros, las pintadas en las paredes y escaleras, las coloreadas caricaturas de mujeres vislumbradas en la esquina de un callejón, todo eso no puede tener nada que ver con la verdadera mujer. Aún no ha despertado la curiosidad de Stefan. Él, que saboreó tan joven el néctar de la poesía y de la ilusión, se aleja de los placeres terrenales, y los lazos tardan en quedar atados. Ciertamente, en ocasiones se extraña de ver salir a su madre del despacho de su padre con los ojos empañados, de ver enrojecer la cara de una prima mientras meriendan juntos; y, desde luego, sus condiscípulos vuelven a veces a clase con un destello de miedo en la mirada, pensando en las consecuencias de una primera noche de amor. Pero si tales anécdotas han quedado registradas en la memoria de Stefan, no existe una correlación real con su preocupación del momento, que son los poemas que compone. Zweig permanece virgen durante largo tiempo: su ardor va por otro camino. ¡Dejó tan pronto el mundo que lo rodeaba para elevarse hasta los arpegios dulzones de su pluma! Su poesía de adolescente se asemeja a un placer solitario, con la recompensa de una aureola en la frente. ¿Cómo resistirse a esa llamada?

Son las palabras las que le permiten respirar. No es que en sus escritos vierta lo que en realidad vive, pero lo que escribe le proporciona nuevas amistades, el admirativo relajamiento de la autoridad paterna y la recuperada locuacidad de ese mundo de adultos, por lo general tan dado al silencio. La realidad no entorpece nunca este abandono a los poderes de la belleza. Las cualidades tradicionalmente viriles no son apenas requeridas por el teatro vienés: en todo intervienen la ternura, la astucia y la burla femeninas. Dicen que

la sensibilidad humana vence en él sobre la fuerza y el instinto brutal. Es el reino de la exigencia en materia artística y de diversión, así como de rechazo de las complicaciones en la existencia; la huida ante toda agudeza excesiva y, en conjunto, de toda decisión difícil. Vivir y dejar vivir: he aquí lo que escribirá Zweig cuarenta años después, en el umbral de su última decisión, para evocar la Viena de su radiante juventud de estudiante.

Aunque judío, apenas tiene conciencia de serlo, y todo lo más, oye hablar de ciertos grupos de jóvenes nacionalistas antisemitas. Ciudadano austríaco, Stefan no sabe bien dónde se halla, ya que su horizonte intelectual se extiende más allá de las fronteras para abrazar a la Europa entera, su múltiple tierra natal. Zweig no conoce la vida ni el mundo. Gran parte de los acontecimientos austríacos y mundiales escapa a su conocimiento. Da vueltas y más vueltas a sus estrofas hasta conseguir una melodía perfectamente cálida y equilibrada, y sus nervios vibran al unísono con una pluma tan pronto vacilante como apasionada. Ése es todo su universo, del que Stefan no llega a distinguir los límites. El sueño del dominio constituye una invitación permanente al trabajo.

En nombre de semejante exigencia, y a la luz de tal cuadro, podríamos llegar a la conclusión de que Stefan Zweig es un joven cultivado que juega tanto a ser poeta, que termina por creerse el heraldo de una inspiración inédita. En él destaca más la erudición que el talento de poeta. Su sangre todavía no se ha estremecido, sus pasiones de esteta parecen ejercicios de composición. Puede que aún no sea más que un chiquillo arrastrado por una imaginación desbordante. Pero la indulgencia conduce a veces más allá de lo que es justo. A los diecinueve años, el brillante joven de un imperio eterno ha conseguido cautivar ya la atención de otros literatos más maduros, por haber cultivado con pasión todos los recursos de una educación ejemplar. Desde ese momento lo califican de auténtico representante de la nueva literatura vienesa, con la seguridad de que el futuro no decepcionará a quienes esperan de él una realización todavía más notable.

El verano de 1900 es, sin duda, el más feliz de todos los que Stefan ha vivido hasta ese momento. Ingresará en

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 28-29 22/09/09 14:34

la universidad. Su hermano mayor ya se decanta hacia el comercio y la industria, con lo que el porvenir de los Zweig queda asegurado. Los papeles se reparten del modo más natural: uno perpetuará la fortuna familiar, mientras que el otro elevará a la gloria el nombre de Zweig. En adelante, Stefan podrá dedicarse con toda tranquilidad a la creación: esta puerta abierta al mundo de la determinación propia es, para él, como una recompensa a sus sueños. El individualismo que hay en él se reafirma con orgullo. Durante esos veinte años vieneses, Stefan saboreará sin valorar su verdadero precio la pertenencia a una comunidad civilizada y la seguridad compartida de un orden natural del mundo. La monarquía es una institución indiscutible y cada grupo social vive su vida independientemente de los demás. Cada cual se enorgullece de su situación y de su rango, sin sentir celos de nadie. Moritz Zweig evita los restaurantes de la nobleza, porque considera poco conveniente querer imponerse por la fuerza del dinero. La aceptación de las diferencias, el paladeo del enriquecimiento por méritos propios y el respeto al prójimo constituyen las fuentes de la paz civil y moral. Los artistas de Viena encuentran en esa armonía el ambiente donde crear una imaginación más conquistadora, una libertad de pensamiento y de expresión más audaz. En la intimidad de los círculos son admitidas todas las culturas y, en ocasiones, celebradas públicamente. Es el cruce de caminos del mundo —de un mundo que ya no existe— y parece un pueblo fastuoso e imprevisible. Esa atmósfera de despreocupación egoísta y de relativa indiferencia por los grandes problemas de la historia contemporánea —¡queda todo tan lejos, tan apartado!— contribuye a desarrollar en Zweig la tendencia a idealizarlo todo. Tan feliz asociación de curiosidad de espíritu y de libertad, como nosotros la vemos retrospectivamente, se basa en una forma de complacencia y de pereza de dibujar las sombras del cuadro. Pero tampoco a Stefan le llegó la época de las verdades escondidas.

El azar de su cuna le evitó todo contacto brutal con el mundo. De entrada, se encontró con los más bellos frutos de la conciencia humana: la pasión creadora y la búsqueda del ideal. Se llevan al escenario los tormentos que agitan a los seres,

transfigurados y enriquecidos con una admirable nobleza o bien inventados de nuevo en una réplica espiritual. Naturalmente, esa forma de seguridad se atribuye, esencialmente, a la burguesía acomodada, pero el amor a las artes se manifiesta también entre la gente modesta. A veces de manera cómica: una mañana, la vieja y analfabeta cocinera de los Zweig anuncia entre lágrimas la desaparición de una diva a la que solo conoce de nombre, y aun apenas. La emoción de unos pocos se extiende a un gran número de personas. Existe una energía en esa aparente tranquilidad general: la fe en el progreso, la mejora continua de las condiciones de vida de los humildes, el aumento de la riqueza de los comerciantes y los industriales, el perpetuo refinamiento de una tradición para los artistas. Ahora, en la evolución feliz del curso de la existencia, Zweig mantendrá la impronta definitiva pese a todas las desaprobaciones que le infligirá la historia del siglo XX.

Nada permitía prever un destino como el de Stefan Zweig: aunque los signos lo habían anunciado, nadie hubiese prestado atención a ello en aquella edad de oro de fin de siglo que haría palidecer de envidia a los más optimistas; de tal modo la inquietud y el desespero ante el porvenir provenían de una enfermedad personal y particular. El progreso había entrado, paso a paso, en una humeante locomotora, dispuesta a brincar bajo la mano trémula de esperanza del hombre europeo, que trabajaba para la gloria de la humanidad y la dicha en la tierra. Cada cual en su lugar, todos contribuían a modelar un futuro sin duda más feliz, más justo, más seguro. La guerra solo era el recuerdo de una atrocidad prehistórica, por así decirlo. Desde luego, nada era perfecto en el mundo, sino que todo conducía al convencimiento de que se podía corregir, y eso era lo esencial. El sentido de su sitio en el escenario de la sociedad, la adaptación a las conveniencias, el respeto por los mayores, la conformidad del comportamiento: era el precio mínimo que había que pagar. Las estrictas reglas de la educación de un niño no eran más que hitos colocados en ese camino de luz, las señales indispensables para una aventura llena de promesas.

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 30-31 22/09/09 14:34

Surgido de un pueblo que no desespera jamás, Stefan Zweig nació, asimismo, en el mundo de la esperanza. Solo la muerte podrá borrar esa marca grabada en él. En su destino ejemplar, de la cuna a la tumba, Zweig nunca dejó de encarnar aquella Europa, el viejo continente de la civilización.

No es posible situarlo entre aquellos locos de la historia de la humanidad que anduvieron cual llamas solitarias o enigmáticos meteoros, como águilas espléndidas pero retraídas. Sin embargo, ninguna figura podría compararse con él en importancia, en fuerza, en variedad. Una vida es un espejo en perpetuo movimiento: sentimientos, esfuerzos, aflicciones, libros, discursos, viajes, decoraciones, imágenes, sombras y luces; un asunto de perspectiva. No se puede separar la obra literaria de Zweig de su línea vital. Su obra significa testimonio, porque nunca se apartó del corazón de un hombre que tenía un destino reservado, y que no adivinaría la potencia simbólica hasta el último momento.

Volvamos a su infancia por algún tiempo y reunámonos de nuevo con el adolescente en las puertas del instituto que se dispone a abandonar. Stefan hincha el pecho de alivio. El obstáculo final está vencido.

ATAJOS

Stefan quiere romper con el pasado y respirar un aire nuevo. Su padre insiste en que se matricule en la universidad. ¿Acaso no es lo más natural? Todo cuanto Moritz Zweig pide es que Stefan obtenga el título de doctor. Pero eso le importa poco al hijo pródigo: ya se trate de filología o de filosofía, no piensa asistir a los cursos.

Por fin elige la filosofía y, como tema para el doctorado, la obra de Taine. Dispone de tres años antes de tener que comparecer ante sus examinadores. Mucho más tarde, se jactará orgulloso de haber entrado en la universidad solo tres veces: la primera, para matricularse, la segunda para obtener un certificado de asiduidad, y la tercera para mantener una agradable conversación con los profesores. Stefan pasa los primeros meses de su nueva condición en un pequeño apartamento alquilado en el barrio de los estudiantes de Viena, si bien mantiene fidelidad a la mesa familiar. Así puede organizarse el tiempo según los caprichos de su humor, al que él presta la máxima atención. El joven lee cada vez más, compone nuevos poemas y no vacila en recibir a los amigos a las once de la mañana, en mangas de camisa, despeinado, navegando entre pilas de obras que llenan el suelo como antaño sucedía con su cuarto de niño, atestado de libros, fatigados los ojos porque en plena noche le despertó una idea y tuvo que acudir a su mesa de trabajo. Una vida

Una_vida_de_Stefan_Zweig.indd 32-33 22/09/09 14:34